

CUESTIÓN DE SONIDOS

Joaquín se ajustó el walman y “Enter K” le despejó el ruido de afuera. Puso en marcha la moto y salió despacito. Ese Peter Hammill era bárbaro, el bajo mataba, la batería de Guy Evans aglutinaba los sonidos y Jaxon con Ellis eran una dupla -saxo, flauta y guitarra - que erizaba los pelos. El semáforo se puso en verde y el muchacho le gritó al viejo que se corriera, que se dejara de joder con esa antigüedad de museo de cuatro ruedas de mierda. El hombre también gritó algo pero estaba sonando la batería de Evans y ya no tenía importancia: aceleró.

Viento a babor, todo va bien; tomó por la Cañada y el paisaje urbano cambió por el río cansado que abajo corría y esos algarrobos que se estiraban en su inútil intento de llegar al agua pero él seguía acelerando y se metió por fin en el tránsito denso de la hora. Los comercios cerraban y el cielo se oscurecía mientras el viento le revolvía el pelo y la gente se cruzaba a cada rato ;frenaba y aceleraba. Suspiró :ahora que todo se ponía en rojo aprovechó para cambiar de música que descubrió en la disquería de la vuelta de su casa. Valses. Ahora sonaba un vals de Chopin, la bemol, opus 34, número uno. Claro, eso lo sedaba y como la yerba, lo despejaba, era como si fuera él al fin y estar en el Brasil o en Miami, con el sol enorme, tirado en la playa, tomando cerveza.

Esas, las de Brasil, sí que eran arenas. En Florida se puede largar muy bien la tabla y surfear pues las olas son enormes y rápidas. A las costas argentinas no iría más, pues están llenas de kelpers y negritos de provincia.

Los viejos le dieron para los gastos y con el Otro se largaron para el sur de Brasil. Las chicas eran medio alemanas y tontas, se acostaban en las playas al anochecer y eran vigiladas por las niñeras negras, por temor a la guapura de los argentinos, “deme dos”, como los llamaban. Además, los miraban como futbolistas - el cuerpo de Joaquín, atlético y tostado, resaltaba entre los demás - y todos eran un poco los héroes del Mundial 78, no al cuete había saltado como todo el mundo para no ser un holandés.

Y había de todo, eso sí, y barato :guitarras, motos, yerba, coca, los brasileños, desesperados por venderte algo, hasta la hermana, lo que sea y que daba risa. El Otro empezó a cuestionar la cosa, haciéndose el salvador de algo pero Joaquín se tomó el avión a Río, dejándolo con la boca abierta y babosa.. Después se hartó y se volvió.

El Otro regresó después en diligencia, con arranques místicos y se puso a criar animales de la calle ;anduvo solo, parece que leyendo pero después caminó de nuevo hacia la música. O sea, volvió al country y decía que se sentía mejor.

Joaquín tomó por la subida del Cerro de las Rosas, siempre acelerando, ya casi no se sentía el calor. El Otro se vengó de aquel abandono pues cuando él quiso integrarse al conjunto del sótano que se estaba formando con Freytes, el Barón y J.C., el marica lo jodió diciendo que al cuadrado de Joaquín no se le podía enseñar el ritmo nunca pues el que lo tiene, toca hasta morir. Que el ritmo le nace a uno por sensibilidad y que Joaquín va de contramano y para atrás. Como el viejo les había comprado los instrumentos los otros se quedaron bien mudos, como corresponde y nunca volvieron a encontrarse.

Se detiene detrás de una fila de camiones del ejército. En la vida hay que hacerse valer como éstos que se impusieron y chau. Hasta la vieja, que poco se mete en el asunto, reconoció que se podía vivir con ellos y a la hora de trenzar y congraciarse con ellos, sacó a relucir títulos y sables del la Campaña al Desierto.

El viejo, que maneja los negocios como un demonio, aplaudió a rabiar el cambio de mando del país, y a su vez, trenzó con un general por el tema de las importaciones y todo eso. El que también manejaba contestaciones y palabras era el Kuki pero al Kuki se lo llevaron y no se lo vio más y se arma cada silencio en la barra del colegio cuando alguien lo nombra que es mejor ni acordarse.

Él pasó una vez por la casa donde vivía el Kuki y la tía salió medio llorosa a recriminarle cosas que él se bancó solo. A lo mejor lo quiso al Kuki, que se sentaba a tres bancos y se soplaban fórmulas y números de teléfono de las chicas pero el flaco era jodido, cuestionaba todo, revisaba la historia, se cagaba en los que mandaban y andaba en esa joda solo, porque los demás iban piedras a las clases.

Va a tener que pasar por la casa a buscar la guitarra porque hoy se juntan con el grupo y con el Mono, Veneno y la Mimbre para hacer un poco de jazz rock, y está contento pues ya nadie lo ve como un cuadrado, ahora que ya le escucharon el misterio de su guitarra y que el Otro ignoró, de envidia seguramente.

Joaquín conoce al Mono desde el verano pasado. Ese es un tipo :tocó la batería un día seguido mientras la Mimbre le preparaba el vinito y las líneas de coca. Nadie lo podía creer y cuando terminó, agarró un papel de diario, lo enrolló y con eso prendió fuego a las cortinas hasta que entre todos lo agarraron y pararon el incendio pues el Cerro corrió el riesgo de ardersse todo. Un loco grande el Mono, aunque un poco grasa.

Acelera y se desvía, un peatón lo insulta y él hace un gesto con la boca. El

Mono, a veces se cree Dios y no se le puede decir nada y cuando toca lo hace para adentro, eso Joaquín le copió al ver que todos escuchan en silencio, y los cuadrados que piden comerciales siempre, se callan y escuchan a lo bestia. Joaquín probó en acompañarlo e hicieron un buen duo hasta que la Mimbres, que canta como una divina, empezó a sacarse la ropa y un cuadrado a manosearla y todo se pudrió y se agarraron a trompadas.

La cuestión es que a los cuadrados se los odia sin más trámite porque no entienden nada ;son un lastre, una mierda que da de comer a todos, menos a él y como a Joaquín no se va a volver nunca comercial, se los pasa por el culo y listo. La noche de las trompadas, él se fue a la cama con la Mimbres pero no resultó y ella volvió con el Mono.

A Joaquín le da lo mismo, las chicas zumban como abejas y su hermano menor se encarga de mandar y recibir mensajes. Las perversas se escabullen como el jabón pero siempre caen enredadas en sus discursos, como la japonesita del vivero. Se derriten ante los primeros compases primeros a la hora de la verdad, es Joaquín quien arremete y a ellas se les cae la lona del circo.

Gira por la calle Nuñez, desacelera y llega a su casa. Las luces están encendidas y el Otro lo espera afuera. Hace como que no lo ve pero el Otro insiste en algo.

Sube el volumen y se mete en sus orejas Billy Joel, "The nylon curtain" a todo vapor y Joaquín se cruza de brazos. Espera. El Otro sigue hablando y moviendo los brazos ; con los ojos brillantes, desorbitados, le pide algo. Es bueno Billy. El Otro le toma el hombro y gesticula, mientras Joaquín vuelve a subir el volumen.

La fila de camiones del ejército pasa frente a la casa sin detenerse y el Otro los señala, transpirando. Joaquín se aparta, sonriendo. Es bueno el bajista, ahí está la clave, así se ensambla el todo, así debiera ser para que su propia música brille, cargada de notas, de silencios, que tenga una importancia tal que conmueva.

Joaquín crece en arrullos de teclados, de ritmos, de cadencias. Los camiones se han detenido a una cuadra de distancia y el Otro salta una verja y corre. Joaquín ve como algún uniformado lo va persiguiendo hasta que apunta y tira. El Otro cae en la calle como un muñeco sangrante.

Joaquín entra a la casa quitándose los auriculares, tocándole la cabeza al perro que mueve amistosamente la cola.